

Poemas

Sandro Cohen

OBRA NEGRA

Arena y grava por la calle, fierros
doblados contra sí, la cimbra fría.
Ciudad en construcción: la negra fiebre
de erigir los espacios al vacío,
huecos para que vivan estas sombras
que vigilan la obra en su proceso,
las vigas que se extienden, poco a poco,
para cubrir un cielo que se asfixia.

Aviento mis papeles, este lápiz
sobre la mesa sucia, atiborrada
de versos que no sirven, mal cortados,
vocales retorcidas, consonantes
que se tropiezan entre sí, cansadas.

A veces me dan ganas de tirar
a la basura tantas hojas sueltas.
Quiero un espacio en blanco para mí,
respirar más tranquilo, abandonar
lo que no sirve, que enmascara inútiles
esfuerzos de cubrir este vacío.

PARTE DE GUERRA

Era domingo, tarde, de mañana.
No te movías en la cama. El gato
exigía caricias, la atención
que todo niño para sí desea;
como yo, como siempre que te veo
desde la orilla, lejos de tu mundo
secreto tras el velo de tus ojos
dormidos, tras los párpados del sueño
que sueñas mientras veo tu espalda lúcida
y libre de la sábana que baja
y rodea tus pies, también dormidos.
Toqué tu piel, y el gato se esponjó
como lo haría un niño si le quitan
su juguete, su sueño, su caricia.

*No la toques —decía el bicho—; es mía.
Nada tienes que hacer con ella. Vete.*

Sentí tristeza por el gato mientras
me miraba con ojos suplicantes.
Lo levanté sin más; con una mano
lo llevé hacia la puerta, y al abrir
maulló de nuevo, firme en su derrota.

Cuando volví a la cama, te encontré
dormida aún; la sábana hasta el cuello;
indiferente, ni por enterada
te dabas. Con el sueño te envolvías
lejos de mí, más lejos que tu cuerpo
y del mundo que habitas para ti
y no sé para quién a estas alturas.

Afuera me esperaba el gato. Estaba
junto al sofá, la cola en alto, atento
al desenlace, al fin de la batalla.
Pero no quiso entonces acercarse.

Entré en el baño. Abrí la regadera.

Al volver, en tu espalda estaba el gato.
Ya no me dijo nada. Y muy despacio,
cerró los ojos...

ENTREGA

El silencio y la ausencia de palabras
tuyas adquieren, claros, forma y peso.
El deseo renace en el vacío.
Ahí, donde no estás, se hace fuerte
como la perla que resiste al tiempo,
el botón que se abre solo a quien
acariciarlo sabe entre los pliegues
de más profunda piel, donde esos finos
labios solaz encuentran con los míos,
con su imagen. Tan suave se desliza
mi lengua ciega por tu carne dura,
que en el beso más líquido se funden
encima de esa perla rosa y rauda
que se hincha orgullosa y en su misma
viscosidad amante brilla y late.
Y al estallar, recibo en esta boca
tu agua, tu vida, y tu alegría asciende.

SI ME VAS A ESPERAR...

Si me vas a esperar,
abre tus piernas un poquito,
lo suficiente apenas
para olvidar que sigo aquí.

Extravía tus manos;
no las busques:
solas recordarán el sitio
donde las he dejado
la última vez.

Aparta, pues, tus labios con la lengua
y piensa en todo aquello que no hicimos.

Guárdalo, todo, en tu pezón izquierdo,
ese que brilla en las mañanas
—rosado, casi nuevo—,
el que en este recuerdo cabe
y se endurece
cuando nadie le hace caso.

Si me quieres tocar,
recuéstate en el sueño
y piensa en la canción que no aprendimos
porque fuimos nosotros la canción,
la que cantamos toda aquella noche.

Y si vas a esperar,
no me lo digas:
recíbeme como si nada,
como si fuera el viento
o una pluma que en un columpio de aire
desciende entre tus muslos
mientras lees algún libro que pensabas prestarme
cuando tú
lo dejaras de leer.

MÚSICA SOMOS NOSOTROS

A cuatro manos sobre el blanco y negro,
cuatro manos, el hombro contra el hombro.
A cuatro manos, dedos, veinte lumbres
en el blanco y su negro, piel, marfil.

Puede tocarse música por dentro,
tu música de adentro y por lo bajo.
Así suena tu música, a respiro
y tormenta, remanso y catarata.

Una vez y de nuevo, flotas sobre
el teclado con dedos, brazos, lengua,
el pecho contra espalda, espalda contra
el tiempo, fuga con dos contra tres
sobre la partitura entre tus piernas
en la cadenza, ritardando, notas
negras son sobre blancas, esta fusa
hasta el fandango, hasta el fin, hasta el fondo.

Canta contra mis ojos. Toca, loca.
No te detengas, llena mis oídos
de tu viento, saliva con sudor
y semen, lágrimas y sangre adentro.

Mueve tus dedos, piano y piano, suave
pianísimo y más fuerte, ¡sí!, más lento.

¿Notas las notas? ¿Mis corcheas, fusas
revueltas? Todo es piel entre las sábanas
escrito en blanco y negro a cuatro manos,
dos lenguas con sus dedos, su saliva
en mi hombro y en tu pecho, sus tresillos
desbocados, su encabalgada furia
de frases al oído, dedos... Canta
con tus dedos adentro, que los muevas
piano, suave, tan fuerte como puedas
hasta que vibren todos nuestros músculos,
hasta que se relajen, por vencidos.

Toca tu blanco y negro a cuatro manos.

Entre tus dedos y el marfil, silencio.
Entre papeles y armonía, el aire.
Estamos suspendidos todavía,
por siempre:

música

somos

nosotros.